



Revista de Artes y Humanidades UNICA
Volumen 23 N°48 / Enero-Junio 2022, pp.98-111
Universidad Católica Cecilio Acosta – Maracaibo - Venezuela
ISSN: 1317-102X e – ISSN: 2542-3460

**DISCURSO COMO ORADORA DE ORDEN EN LA SESIÓN SOLEMNE DEL
CONSEJO LEGISLATIVO DEL ESTADO ZULIA CON MOTIVO DE 125
ANIVERSARIO DE LA ERECCIÓN CANÓNICA DE LA DIÓCESIS DEL ESTADO
ZULIA¹**

CHIRINO FERRER, Oneida

ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-1904-5340>

Universidad Católica Cecilio Acosta

Universidad del Zulia

Maracaibo – Venezuela

oneida.chirino@gmail.com

DOI: <https://doi.org/10.5281/zenodo.7449864>

Saludo

Lo que me propongo a continuación a través de este modesto pero significativo discurso, resultará sin duda incompleto por cuestiones de tiempo, por lo tanto; no pretendo de ningún modo agotar los temas surgidos en el mismo.

Agradezco muy especialmente, a la comisión encargada de organizar el programa de la celebración del Centésimo Vigésimo Quinto (CXXV) aniversario de la Diócesis del Zulia, por otorgarme el honor de ser la oradora de orden en este homenaje solemne a nuestra Diócesis el día de hoy; y en este recinto tan representativo para el pueblo zuliano y marabino.

Es una celebración que invita desde su lema “*Por una iglesia en salida y en Sinodalidad*”. Más que una frase, es el sentir propio de nuestra iglesia, Ella, aunque siempre

¹ El acto se efectuó en Maracaibo, el jueves 28 de julio de 2022. Lugar: Salón de sesiones del Palacio Legislativo del Estado Zulia. Hora 12:30 p.m.

está allá, afuera, en la calle, sigue representando hoy una de las mejores alternativas de encuentro con el Reino de Dios. La Iglesia en salida y Sinodalidad, implica teológicamente muchas cosas, pero humanamente significa cercanía, acompañamiento, fraternidad. Estoy segura, que no se escogió dicho lema sólo porque indica sintonía con la llamada del Santo Padre Francisco, sino porque representa, ante todo, volver a los orígenes de la propia iglesia, su naturaleza y su fin último.

Nuestra iglesia es milenaria, y quizás esos 125 años de nuestra Diócesis, es un número insignificante frente al torrente histórico que posee la iglesia universal, sin embargo; es una de las grandes oportunidades que hoy tengamos la dicha de conmemorarlos y celebrarlos, no es un cumpleaños más, son 125 años de historia construida por mucha gente conocida y desconocida de la cual recibimos una gran herencia.

Nuestra Diócesis del Zulia, fue creada y erigida por las Letras Apostólicas o la Bula “Supremun Catholicam Ecclesiam”, el 26 de julio de 1897, por el Papa León XIII. Separándola del Obispado de Mérida y elevando a Maracaibo, a Ciudad Episcopal y a la Iglesia de los Santos Apóstoles San Pedro y San Pablo a Catedral, siendo nombrado su primer Obispo **S.E.R. Monseñor Dr. Francisco Marvez**.

Como toda iglesia que camina y se transforma, el 30 de abril de 1966, el Sumo Pontífice Pablo VI, erige la nueva Provincia Eclesiástica de Maracaibo nombrándose como su primer Arzobispo a **Monseñor Domingo Roa Pérez** que muchos en esta sala lo recuerdan perfectamente porque lo conocieron personalmente, pero que otras, lo conocemos por sus obras dejadas por medio de esta iglesia.

Estos 125 años, representan caminos históricos sin dudas, pero, ante todo, representan caminos de fe. Caminos trazados por hombres y mujeres de esta región y de otras también;

que desde el Espíritu que guía han hecho posible que se mantenga hasta hoy día. Seguramente, han sido caminos marcados por tropiezos, dolores y pecados, pero ante todo; marcados y fortalecidos por la fe, la esperanza y la caridad.

Quiero decirles, que he aceptado ofrecer este discurso, en este día festivo e histórico, porque en mi corto caminar me siento iglesia, quiero ser iglesia y asumo mi compromiso como iglesia.

Ante todo, soy una mujer caracterizada por varios aspectos que tienen que ver con parte de mi definición como persona: pertenezco a una familia campesina del Estado Falcón, específicamente de donde surgen muy buenas naranjas, un aromático café y un cielo muy estrellado. Provengo, de una familia de grandes convicciones católicas y donde aprendí a rezar y conjugar esto con ser persona.

En 1986, me enviaron a Maracaibo porque quería estudiar en la Universidad del Zulia (donde estudié filosofía). Soy esposa de un ingeniero civil de origen paraguano de cuya unión nacieron dos 2 hijos (Fernando Alí y Joaquín Fernando) en Maracaibo.

Soy salesiana cooperadora con más de 30 años de promesa. Soy docente e investigadora universitaria y defensora de las mujeres frente a la violencia machista, por lo tanto, soy feminista. Todas estas características que sin duda me definen, hay una por encima de todas, que permite que mi vida tenga un orden, un sentido trascendente y no se quede en la mera complejidad de tantas cualidades. Soy una mujer de fe. Soy una mujer católica. Soy una mujer de iglesia.

Hoy, me permito expresarles lo que esto significa en mi vida y porque siento, pienso y creo, que la iglesia como Madre que guía, me ha salvado.

Los primeros pasos que di en mi vida, fue tomada de la mano de un padre y una madre que antes de cada comida, estaba la señal de la cruz en mi frente, agradecimiento permanente por los dones recibidos a Dios, un ambiente de alegría diaria donde el rosario familiar juntaba a la familia antes de dormir y muchas historias en la cocina de la abuela que era nuestra vecina.

Fui creciendo y en ese hogar esas cosas no cambiaban, como tampoco cambiaban otras cosas, entre las que estaban prohibido decir groserías o dejar comida en el plato al comer. Eran principios con los que no filosofaban mucho, no se discutían, pero los y las más pequeñas lo comprendíamos y aceptábamos.

Antes de entrar a la adolescencia ya vivía en la ciudad con mi abuela y mi abuelo materno. La historia seguía igual, era imprescindible orar ante mi abuela la oración antes de dormir y al levantarme. Crecí feliz, sin celular, sin cine, sin pijamadas, sin internet y con tres canales de televisión que me controlaban por las cantidades de tareas, libros y noticias que leer a mis abuelos, porque eran analfabetas y así, según mis tías; aprendía a leer más fluido, no se equivocaron.

Así al pasar los años, llegó por fin la decisión de escoger carrera universitaria y ya, en el cuarto año de humanidades, decido no seguir pensando en medicina sino en idiomas modernos en la Universidad del Zulia en Maracaibo. Un duro golpe para la familia, la cual, se opuso hasta que salí seleccionada por la Opsu, la gente de mi época conoce muy bien que era un triunfo. Sin embargo, a pesar de que quería estudiar idiomas modernos, había seleccionado filosofía porque según los profesores del liceo, sí seleccionaba filosofía, entraría fácil a LUZ, porque eso casi nadie lo estudia, eso era cosa de pocos. Tampoco se equivocaron lamentablemente.

Estudiar filosofía definitivamente ha sido la oportunidad de encontrar varias ocasiones que tienen que ver con los caminos revolucionarios, los pensamientos críticos, pero también con los silencios reflexivos, lentos y los grandes saltos. En principio, y avanzando en los estudios, me vino la gran duda cartesiana con la que conviví unos cuantos años, seguidos de los problemas existenciales y culminando con un agnosticismo confuso. Esos momentos de “oscuridad” representaron entre otras cosas, mi alejamiento de la iglesia y lo cual me conllevó a un corto agnosticismo, pasando por la angustia kierkegaardiana, el proceso de conversión personal para luego reencontrarme de nuevo con los orígenes de la fe de mi madre, mi padre y de mis abuelos que posteriormente asumí como una decisión libre y voluntad propia.

En 1993, a pesar de tener trabajo estable con la Universidad del Zulia y como Maestra por la Secretaría del Estado, decido renunciar y volver a Coro. Una vez allá, una amiga me habla de introducir el currículum en el Colegio María Auxiliadora de las salesianas, cosa que en principio no me gustaba, pero al final; en vista de no conseguir trabajo lo intenté. No puedo olvidar el día de la entrevista, un choque muy extraño al intentar entrar no podía con la puerta inmensa de hierro y vidrio, la cual se abría muy lentamente y, cuando logro entrar me encuentro de frente con la majestuosa María Auxiliadora que hoy comprendo, me invitaba a entrar sin miedo.

Mi contratación fue inmediata y a la semana era profesora de esta institución. Conocer la obra de San Juan Bosco, rompería el iceberg que se interponía entre Dios y mi espíritu. Descubrir el trabajo de las salesianas y el sistema preventivo de Don Bosco con su opción preferencial por la juventud, especialmente; la más necesitada. Esto me gustaba y me perturbaba a la vez; porque me hacía pensar en que quizás, eso era un llamado de Dios y no sabía qué hacer con eso.

Tal como se esperaba de una joven profesora, se me exigió un proceso de formación muy significativo el cual asumía con mucho gusto. Los primeros años con las Religiosas Hijas de María Auxiliadora, fue una formación pedagógica pero también profundamente en la fe; en poco tiempo, no sólo era profesora de filosofía y castellano, sino también de catequesis.

En 1993, conozco a Juan José de Madariaga sacerdote jesuita que me convence a realizar sus retiros universitarios en San Javier del valle en Mérida, los cuales realicé fielmente todos los meses de agosto hasta 1997.

En ese momento, a mi parecer; todo iba muy rápido y sentía que Dios se cruzaba por todos lados. En 1994, me iniciaba como docente en la Universidad Católica Andrés Bello y, la formación de ingreso era intensa y sabia. Allí, comprendía que tenía una responsabilidad muy grande y mi formación filosófica estaba carente de algunos fundamentos que tenían que ver con la filosofía cristiana. Así que, la biblioteca de la universidad se convertía en un espacio vital casi todos los días. Pero también, surgieron otros espacios y circunstancias no menos importantes, como fue aceptar una invitación a participar en los encuentros espirituales de los Benedictinos en la Abadía de Güigüe Estado Carabobo y asumir la guía espiritual del Hermano León; quien fielmente me guardaba cupo durante varias semanas santas. Así que, todo lo que rodeaba a mi vida, conspiraba para bien.

Dios me reservaba una linda vocación, que no era ser religiosa como pasó en algunas ocasiones por mi mente, tampoco ser una simple laica, algo más necesitaba mi alma. Así que, no pasó mucho tiempo, cuando estaba conociendo a la Asociación de salesianas y salesianos cooperadores y enseguida libremente decido entrar al Centro Juan Carlos Serna de Coro cuya formación completó durante 3 años.

Pero de nuevo en 1996, siento que algo falta y debo culminar, era la Maestría en Filosofía cuyos estudios había dejado a medias. Entonces, vuelvo a renunciar y me vuelvo a Maracaibo a culminar la Maestría.

Una vez más en Maracaibo, entro a trabajar en un colegio privado llamado San Tarsicio en la zona norte de la ciudad. Inmediatamente dentro del Colegio asumo la Coordinación docente y se inicia un camino sobre el Sistema preventivo de Don Bosco. Iniciamos un trabajo desde la implementación de la catequesis y un proceso formativo de evangelización.

Lo cierto, es que, en esa búsqueda incesante, ya a punto de culminar la Maestría y en pleno auge salesiano en el Colegio San Tarsicio; me toca renunciar de nuevo. Una beca para realizar un estudio sobre Mujeres Pobres en América Latina en Costa Rica, toca a mi puerta y digo nuevamente que sí. Vuelvo a renunciar y parto a San José de Costa Rica. De las y los salesianos he aprendido que somos una familia, por lo tanto; me toca buscar en dicho país a mis hermanos y hermanas cooperadores y no parar mi formación.

Al regreso a Venezuela, en 1999, ya se esperaba una decisión con mi vocación y decido promesarme como Salesiana Cooperadora. Regreso al Colegio San Tarsicio, y acepto la cátedra de lógica en el Colegio Universitario Monseñor de Talavera. Ese mismo año nace el Centro de Salesianas y salesianos Cooperadores "San Tarsicio" de Maracaibo el cual coordino desde entonces. *Ni Dios, ni María Auxiliadora y Don Bosco me abandonan.*

Sin embargo, Dios sigue llamándome y me invitan a concursar para dar clases en la UNICA, específicamente en el Seminario Mayor Santo Tomás de Aquino. No estuve muy animada en principio, porque mi concepto del Seminario donde se forman los curas no era para mí. Lo cierto, es que me llevo nuevamente la sorpresa porque gané el concurso y aún hoy 22 años después, sigo dando clases allí.

En el 2001, decidimos Ramón y yo, casarnos y formar una familia, hasta ahora una de las cosas más difíciles, pero a la vez una de las más hermosas y agradables ser esposa y madre. La gracia nunca ha faltado en nuestro hogar. Es este hogar donde hago mi primera y última oración diaria, pero también donde compartimos la vida con sus avatares y triunfos, es mi iglesia doméstica.

Ahora bien, conjugar el ser madre, esposa, laica comprometida, profesora, investigadora, luchadora por los derechos de las mujeres, ser hija, hermana, amiga y compañera de trabajo todas esas bendiciones se han podido conjugar asumiendo también cargos de responsabilidades como me ha tocado. Los he asumido con mucha paz y como se espera de una mujer de fe, con la plena convicción de que la Divina Providencia y Ella la Auxiliadora como decía Don Bosco, *lo hacen todo*.

En el 2009, asumo el Decanato de la Facultad de Filosofía y Teología hasta 2019. En esos 10 años, conducir dicha Facultad fue, por un lado, un gran reto en el cual estaba convencida que tenía una enorme responsabilidad. Afortunadamente, un gran equipo me acompañó y la Divina Providencia marcaba paso. Fueron muy buenos momentos de crecimiento y fortalecimiento académicos. Por otro lado, el compromiso de no dejar de lado, mis convicciones socio-políticas por ser feminista, ya que para algunas mentalidades especialmente de nuestra iglesia, puede sonar incomodo, confuso o hasta peligroso principalmente por el concepto de feminismo que se maneje. En muchas ocasiones, me ha tocado explicar (cosa que no me importa) porque es muy importante que se entienda la lucha de las mujeres por una vida más digna y más justa. Un trabajo muy duro desde los talleres, charlas, conversatorios, pero también el escuchar y acompañar a mujeres víctimas de la violencia machista; me han fortalecido en la fe, porque nuestra iglesia eso es lo que debe hacer, acompañar al que sufre.

Es este sentido, con las mujeres en situación de violencia, la responsabilidad de la formación de los seminaristas, la preocupación por las y los jóvenes abandonados y sometidos a los peligros de los antivalores galopantes y, otra gran cantidad de hechos que nos envisten como sociedad, representan en algunos momentos angustias y desesperanzas; pero sostengo desde mi condición de mujer de fe, que los momentos duros también pasan. Este cargo me permitió conocer aún más nuestra iglesia. Una iglesia también construida por hombres y mujeres de carne y huesos, pero sostenida por el Espíritu. Lo creo fielmente.

En las elecciones del nuevo Consejo provincial de Salesianos y salesianas cooperadoras (2013 al 2016) fui electa como coordinadora de formación de la Provincia San Lucas (Venezuela-Curazao). Esto implicaba viajar constantemente por todo el país y, una o dos veces a Curazao durante el año, fue una gran oportunidad, entre otras tantas cosas, para revisar lo que hacemos como laicos y laicas dentro de la Asociación principalmente, fomentar la necesidad de transformación que exigen los nuevos tiempos, conocer directamente lo que cada centro vive y cómo vive su vocación, acompañar y fortalecer la formación. Fue definitivamente una experiencia muy generosa en Gracia, que elevó mi crecimiento vocacional.

Por ello, estoy convencida de que el papel de las mujeres en la Iglesia debe ir por más, pero apegadas siempre al Espíritu que guía y orienta. Tal como lo señala Edith Stein en su obra "La Mujer", "así pues, tras eso también podemos decir: la especificidad de la mujer consiste esencialmente en la particular receptividad para la acción de Dios en el alma, y llega a su pleno desarrollo si nos abandonamos a esta acción confiadamente y sin resistencia". (1998, 324).

Hoy su santidad Francisco, insistentemente nos llama a volver a los orígenes de nuestra

fe, que nos es más que mirar al hermano y a la hermana, al prójimo y a la Madre naturaleza, a mirar y cuidar nuestro planeta que es nuestra casa común. Convencido plenamente que *'nadie se salva sólo'* por lo tanto, su invitación es desde una mirada global en fraternidad.

Desde un Pacto educativo global, nos señala vías pedagógicas que nos invitan a crear estrategias desde todas las instancias educativas para construir un diálogo sobre el modo en que estamos construyendo el futuro del planeta y sobre la necesidad de invertir los talentos de todas y todos, cuyos cambios requieren caminos educativos que promueven una nueva solidaridad mundial y una sociedad más acogedora.

La iglesia de Zulia, sí de algo sabe es de educación y en consonancia con las directrices del Papa y su realidad eclesial, impulsa desde cada rincón un trabajo formativo. En este sentido, desde la Universidad Católica Cecilio Acosta, a partir del Centro de Reflexión Filosófica el cual dirijo y conjuntamente con la Facultad de Filosofía y Teología, la Pastoral Universitaria y el resto de dependencias; en este momento hemos emprendido un trabajo de reflexión y formación, a partir del hecho de lo que somos como Universidad postpandemia.

Es un trabajo lento, complejo pero necesario y parte por comprender que ya no somos la universidad, ni el país de hace 2 años atrás que tampoco volverán. Es por ello, que debemos trabajar por ser mejores y recuperar y dar lo mejor de cada uno, es lo que no sólo nos salvará como comunidad universitaria sino también como sociedad.

La universidad, no puede evadir su responsabilidad como institución llamada a ser luz del mundo. Una universidad de la iglesia, debe representar nuevas posibilidades de oportunidades desde el Evangelio y abierta siempre al diálogo que conlleve al encuentro fraterno de su comunidad sin olvidar su compromiso con el saber, tal como lo expresó Juan

Pablo II en su encíclica *Ex Corde Ecclesiae*, refiriéndose a la naturaleza y características de la Universidad Católica "... entre sus objetivos está garantizar de forma institucional una presencia cristiana en el mundo universitario frente a los grandes problemas de la sociedad y de la cultura por medio de: una inspiración cristiana de sus miembros, la reflexión continua a la luz de la fe católica, la fidelidad al mensaje cristiano y el esfuerzo institucional al servicio del pueblo de Dios y de la familia humana".(ECE, n.13)

De allí, un compromiso arduo pero que asumimos con alegría y paciencia.

Eso sí, esta iglesia que es parte de nuestra iglesia universal nos llama hoy a que estemos en compañía con los y las más necesitadas, nos sigue invitando a seguirla construyendo desde el amor de Cristo que no es otro que el Camino, la Verdad y la Vida.

No perdamos de vista entonces, que esta iglesia del Zulia, no es más que cada uno de nosotros y nosotras cuando asumimos el compromiso personal e institucional de iglesia. Ella, nuestra Madre y Maestra, el cuerpo físico y espiritual de nuestro Señor Jesús, llora de dolor por sus hijas e hijos fuera del camino, pero también ella, permanentemente nos espera, nos abraza y nos perdona porque formamos parte de su corazón, a ella pertenecemos. Ella, ruega por todos y todas y comprende como toda madre que sus hijos e hijas son diferentes pero los ama por igual. Seguramente nunca antes, había tenido tantos caminos en contra, pero de eso también sabe salir adelante con sus estrategias de madre amorosa.

Lo importante no es entenderla como agrupación de mujeres y varones sino a partir de la transformación que hace Dios en cada uno desde la iglesia lo cual hay que recibir como un don que recibimos los fieles desde los sacramentos, como explica muy bien Joseph Ratzinger "La iglesia y los sacramentos van siempre juntos..." (1996, 299).

Para cerrar, y aprovechando la ocasión y el espacio, hablé especialmente como mujer a modo personal y, quiero cerrar como parte de esa otra mitad que compone el mundo, las mujeres.

La misión de la Iglesia Católica ciertamente está decretada en las Sagradas Escrituras, también en los diversos documentos, encíclicas y exhortaciones; pero también las mujeres con su gran capacidad de entrega e inteligencia y amor les ha tocado crear, ejercer y acompañar esa práctica evangelizadora.

Las mujeres desde cada rincón de las bases populares, pasando por los hospitales, colegios, universidades, casas de acogidas, conventos, comedores, mercados, comunidades indígenas, asentamientos migratorios, refugios de desplazadas y desplazados, cárceles, salones parroquiales, desde lugares donde no llegan otras iglesias, organizaciones, los gobiernos, etc. allí están presentes las mujeres, diseñando estrategias, dirigiendo, difundiendo y defendiendo al Evangelio, construyendo una nueva en iglesia que por cierto, para las mujeres siempre es una iglesia en salida desde la realidad cotidiana que le toca vivir y enfrentar.

Es evidente que las mujeres no solamente están rezando, que indudablemente me atrevería a decir que son las que más rezan, sino también las que más trabajan, en todos los ámbitos que tienen que ver con la catequesis, con el trabajo diario y continuo de cada parroquia, de cada proyecto, en cada misión. Las mujeres dentro del proyecto salvífico han sido claves porque la iglesia ante todo es una institución educadora y en este aspecto su desempeño es vital.

Sin embargo, no hay que olvidar que las mujeres a lo largo de la historia han tenido que luchar para alcanzar la igualdad de condiciones (la cual aún falta mucho para la plena

conquista) en todos los ámbitos de la sociedad. La iglesia, en este particular, no escapará de ser una de tantas instancias, donde se debe seguir trabajando por ese reconocimiento; no sólo por ser mujeres sino por ser hijas en igualdad de condiciones ante los ojos de Dios. Como lo expresa Juan Pablo II, “La Biblia nos persuade del hecho de que no se puede lograr una auténtica hermenéutica del hombre, es decir, de lo que es “humano”, sin una adecuada referencia a lo que es “femenino”. (MD, n. 22)

Hoy, en la iglesia católica estamos gozosas y gozosos de muchos frutos de mujeres que, desde su silencio, invisibilizadas, ocultas, incluso desterradas hicieron una labor silenciosa, humilde, intelectual, mística, con decisiones propias desde su silencio y, reconocieron también la importancia del legado que dejarían a las futuras generaciones. Ese papel de la iglesia en el mundo sí alguien lo ha llevado en sus manos, mentes y almas han sido y son las mujeres; quienes han reconocido el Evangelio Liberador de Jesús y han asumido con paz muchos de sus sacrificios porque estaban convencidas de la Verdad y el Misterio al cual pertenecían o pertenecen.

Sin duda alguna, hoy tenemos grandes ventajas cuando nuestro principal Obispo el Papa Francisco está reconociendo, apoyando e introduciendo nuevos cambios en este sentido dentro de la iglesia, reconociendo el papel tan importante de las mujeres para la iglesia de hoy y, a su vez, asumiendo los grandes retos y desafíos que conllevan este tipo de decisiones dentro de la institución.

En la carta apostólica *Evangelii Gaudium*, el Papa Francisco menciona explícitamente la necesidad de “ampliar los espacios para una presencia femenina más incisiva en la Iglesia”, insistiendo en el “gran desafío para los pastores y para los teólogos, que podrían ayudar a reconocer mejor lo que esto implica con respecto al posible lugar de la mujer allí donde se toman decisiones importantes, en los diversos ámbitos de la Iglesia”. (EG, n. 103-104). Para el Papa “*no hay respuestas fáciles*”. Pero en este sentido, hay que seguir trabajando.

Muchas veces se piensa que las mujeres que están dentro de la iglesia ejerciendo cualquier servicio, lo hacen sólo por sus creencias, que seguramente es parte de la elección; pero las mujeres también tenemos nuestras propias decisiones personales, sus gustos y alegrías en ejercerlo, de entrega de saber y conocer.

Es decir, no sólo se está en la iglesia por una costumbre, una tradición y un deber moral. También se quiere estar en la iglesia porque se quiere crecer espiritualmente, se quiere seguir trabajando por las y los otros, por la causa del Amor de Jesús, por María la modelo a seguir, por la causa de tantas y tantos Santos que han dejado historias, huellas, caminos, horizontes, alternativas y que han dejado incluso, grandes utopías. Estos variados caminos de la iglesia, hacen que las mujeres sigan creyendo, apostando, por una sociedad más digna. Ningún pueblo será libre y pleno mientras sus mujeres no lo sean. Por lo tanto, la tarea es ardua y puede estar segura la iglesia del Zulia que seguirá contando con las mujeres de su pueblo.

Que la Paz del Señor junto a María, nos acompañen siempre.

Muchas gracias

Dra. Oneida Chirino Ferrer

ORCID ID: <https://orcid.org/0000-0003-1904-5340>

Decana de la Facultad de Filosofía y Teología

Universidad Católica Cecilio Acosta

Referencias:

JUAN PABLO II. CARTA APOSTÓLICA MULIERIS DIGNITATEM (15 DE AGOSTO DE 1988)

JUAN PABLO II. CARTA A LAS MUJERES (29 DE JUNIO DE 1995). https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/letters/1995/documents/hf_jp-ii_let_29061995_women.html

FRANCISCO, Papa. Mensaje en el día internacional de las Mujeres. (8 de marzo de 2022) <https://www.vaticannews.va/es/papa/news/2022-03/francisco-herir-a-una-mujer-es-ultrajar-a-dios.html>

RAZINTGER, J. (1996) Introducción al cristianismo. Ediciones Sígueme. Salamanca.

STEIN, E. (1998) La Mujer: Su misión y Naturaleza. Monte Carmelo (Ed). España